

UN RETAZO DE HISTORIA DE LA VÍA JACOBEA

© Emilio García Lozano
Catedrático de Historia

Desde los albores de la Edad Media una rica y fértil savia transita por el Camino de Santiago conformando la historia de los pueblos y gentes de este país. La ruta jacobea ha sido y sigue siendo de peregrinación; pero esa peregrinación la protagonizan personas de toda clase y condición, llenos de vida e inquietudes, que derraman, a su paso lento de caminante, sus vivencias y absorben, a la vez, las formas de vida con que tropiezan. Según afirmación del profesor Lacarra, el Camino de Santiago fue *“la vía que más contribuyó a la reactivación de la vida económica de la España cristiana y a su renovación social en los siglos XI y XII”* Gracias a esta vía de penetración llegaron a la Península Ibérica no sólo peregrinos imbuidos de fe y espíritu cristiano, sino también corrientes de pensamiento, de arte o literatura; formas de vida y hábitos de comportamiento que vinieron a remodelar los existentes. Pero, a la vez, “el Camino” posibilitó la difusión a Europa de otros tantos elementos de vida, materiales y espirituales, originarios de estas tierras.

El nacimiento de este fenómeno viario hay que buscarlo, junto al espíritu religioso de la época y el interés por la veneración de las reliquias, en el deseo de independencia del reino astur frente a los musulmanes del Al-Andalus. Alfonso II el Casto, en el siglo IX, necesitaba un símbolo de combate y aglutinamiento para su particular “guerra santa” contra el Islam. En ese ambiente surgió la imagen de Santiago Matamoros, que se prodigó a lo largo de toda la ruta hasta alcanzar las tierras ultrapirenaicas. Poco antes, Teodomiro, el obispo de la diócesis de *Iria Flavia*, relata el hallazgo en Padrón de los restos del apóstol Santiago el Mayor, el hijo de Zebedeo, que la tradición afirmaba que había venido a predicar a Hispania, aunque con poco éxito. La noticia de que el cuerpo de Santiago el Mayor yacía en Galicia se propagó con gran rapidez por todo el orbe cristiano. Santiago y Galicia comenzaban así a estar unidos en la conciencia de los europeos.

El fortalecimiento de la ruta se produjo con posterioridad al año 1000, como consecuencia del cambio de mentalidad que el nuevo milenio introdujo. Creció la población, se diversificó la sociedad y el trabajo y aumentó en número de personas que transitaban caminos para comerciar, para satisfacer su peculiar religiosidad, para ir a las cruzadas, para trabajar o encontrar un nuevo modo de vida. El deseo de movilidad se hizo patente con el despertar de una Europa deseosa de nuevas experiencias. Y cuál mejor que caminar al *Finisterrae* del occidente hispano donde se aunaban tantos alicientes juntos: la tumba de un apóstol, la defensa cristiana frente al Islam, las exóticas y sugerentes formas de vida del Al-Andalus fronterizo, la rica cultura clásica y oriental que constantemente llagaba a estas tierras, el permanente ambiente bélico que poseía esta zona fronteriza y, también, el deseo de aventura que todo hombre y mujer llevamos dentro.

En 1139 queda fijada la ruta de peregrinación jacobea con la primera guía que el monje Aymeric Picaud escribe en su Códice Calixtino. Aymeric especifica los principales hitos del Camino que marcarán la futura historia jacobea. Pero también con el tiempo se fue desarrollando el atuendo peculiar del romero: ropa corta, calzado ligero, zurrón, bordón y calabaza componían la esencia e identificación del caminante. La organización hospitalaria y las disposiciones de protección del peregrino completaban el acondicionamiento de estas gentes de nueva forma de vida y pensamiento.